
La condición urbana.

Pensar la ciudad: aportaciones de las ciencias sociales

LUÍS MÜLLER

Las ciudades, como los sueños, están construidas de deseos y de miedos, aunque el hilo de su discurso sea secreto, sus reglas absurdas, sus perspectivas engañosas, y toda cosa esconda otra.

Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*.

Pensar la ciudad, pensar el territorio, se presentan como desafíos renovados, estremecidos por la violenta sacudida que desde hace más de dos décadas sufren los paradigmas de la modernidad.

Las expansivas tendencias de fragmentación y dispersión orientadas por el ideario posmoderno contrastan con los aparentemente irreversibles productos de la globalización, fenómeno que no sólo amenaza en la economía con la constitución de un panorama homogeneizador, un escenario que se torna indiferenciado en la infinita variedad de matices posibles e inasible en la multiplicación permanente de ofertas disponibles. Porque nos ubicamos en la era de los excesos, de la superabundancia y de los violentos cambios de escala, fenómenos que Marc Augé asocia con el concepto de «sobremodernidad»¹.

La incidencia de los nuevos medios: comunicaciones satelitales, telemática y la «red de redes», Internet, habilitan mundos virtuales paralelos y superpuestos, entrelazados y disociados a la vez, en la medida en que comparten tiempos licuados en una urdimbre de instantaneidad y simultaneidad. Cual alocado *zapping* de *flashes*, pasado, presente y futuro se ofrecen en el ciberespacio sin solución de continuidad: es la ilusión de un *estar* aquí, allá y en todas partes sin posibilidad de *ser* efectivamente en ninguna de ellas.

Así visto, debemos coincidir en que «por más de una razón podríamos sugerir que el mundo urbano actual tiene un núcleo central de significación en la llamada

¹ AUGÉ Marc: *Los «no lugares», espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona, Gedisa, 1993.

comunicación masiva»². En sus ensayos sobre el posmodernismo, F. Jameson nos advierte que «este alarmante punto de disjunción entre el cuerpo y su ambiente construido (...) puede erigirse en el símbolo y la analogía de ese dilema aún más agudo que consiste en la incapacidad de nuestras mentes, al menos por el momento, de trazar el mapa de la gran red global multinacional y de las comunicaciones descentralizadas en que nos encontramos atrapados como sujetos individuales»³. Pero, si resulta intrincado ubicarse en tales niveles de abstracción, la cuestión se torna todavía más compleja al intentar enfocar los problemas presentes y las perspectivas de desarrollo que presentan, según el decir de García Canclini, nuestras «ciudades latinoamericanas crecidas sin plan y con vértigo»⁴. En ellas, la producción de sentidos que daba a los comportamientos un significado global se desvanece y multiplica en miles de esquirlas que se esparcen sin concierto. No se trata aquí del problema de imaginar una red global como sistema abstracto en los términos que preocupan a Jameson. La referencia de García Canclini alude directamente a las ciudades, y es lo que provoca un escozor inevitable. Porque poniendo el caso de México como ejemplo, nos remite a una realidad presente, en la que muchos conglomerados urbanos, en su gigantismo y crecimiento arrebatado, resultan imposibles de representar en un mapa; tal es su dinámica caótica, imprevisible y fuera de control, que hace borroso e ineficaz cualquier intento de plasmar en un dibujo fiable las anárquicas trazas que mutando a diario se deshilachan sobre el territorio.

Si reconocemos que el fenómeno urbano trasciende lo físico para convertirse en rasgo distintivo y clave de comprensión cultural del universo contemporáneo, debemos reconocer que los parámetros para su análisis escapan sobradamente a las normas técnicas de las oficinas de planeamiento, y por ello obligan a considerar y apelar a otras interpretaciones. Ante tal horizonte inquietante, arquitectos y urbanistas asisten desencantados a la pérdida de aquel aura salvífica con la que su disciplina había sido investida por el proyecto moderno⁵. ¿Es dable entonces, en tales condiciones, plantearse interrogantes sobre las relaciones hombre/sociedad/espacio/territorio en términos tradicionales, o debemos hacer jugar otras

² SCHMUCLER, Héctor, y TERRERO, Patricia: *Nuevas tecnologías y transformación del espacio urbano. Buenos Aires (1970-1990)*, Buenos Aires, ILET, 1991, mimeo.

³ JAMESON, Fredric: *Ensayos sobre el posmodernismo*, Buenos Aires, Imago Mundi, 1993, p. 71.

⁴ GARCÍA CANCLINI, Néstor: *México 2000: ciudad sin mapa. Desurbanización, patrimonio y cultura electrónica*, Ponencia en el seminario *Las ciudades latinoamericanas del futuro*, Buenos Aires, 1993, mimeo. Introducido como bibliografía en el Seminario *La ciudad como objeto de la cultura. Los tiempos de la ciudad: paisaje, historia, utopía, presente* (a cargo de Adrián Gorelik y Graciela Silvestri, F.A.U.-U.N.L., Santa Fe, 1994).

⁵ «El ciclo completo de la arquitectura moderna y de los nuevos sistemas de comunicación visual nace, se desarrolla y entra en crisis como un grandioso intento —el último de la gran cultura figurativa burguesa— de resolver, sobre la base de una ideología tanto más insidiosa cuanto que permanece por completo en el interior de las operaciones concretas, desequilibrios, contradicciones y retrasos típicos de la reorganización capitalista del mercado mundial y del desarrollo productivo.» TAFURI, Manfredo, CACCIARI, Massimo, y DALCO, Francesco: *De la vanguardia a la metrópoli. Crítica radical a la arquitectura*, Barcelona, G. Gili, 1972.

nociones?⁶. Tal vez, por el momento, convenga hacerlo sin buscar la exacta definición de nuevos paradigmas, y explorar con la esperanza de hallar algunas claves que permitan orientar la reflexión.

En todo caso resultará estimulante propiciar la contrastación de las ideas y acudir a la ayuda de enfoques diversos y movilizantes.

LA EXPLOSIÓN DE LA CONDICIÓN METROPOLITANA

Tal como lo describe García Canclini en sus trabajos sobre la ciudad de México, esta urbe se ha convertido en algo así como el paradigma de la metrópolis descontrolada del fin de siglo. Veinte millones de habitantes, dos millones y medio de vehículos privados y otros casi cincuenta mil de transporte público, con una producción diaria de doce mil toneladas de basura, son cifras que nos ofrecía entre otros datos que abruma. (Es de imaginar que en su actualización tales cifras se han incrementado con total holgura.) Su crecimiento desenfrenado resume, de un modo ampliado en extremo, los males de una gran cantidad de ciudades, no sólo del modelo latinoamericano sino de una lista que sin duda podríamos confeccionar en todo el Tercer Mundo, ya que si bien en el extremo opuesto de la escala se presentan problemas similares, otros son los recursos para afrontarlos en las megaciudades del mundo desarrollado.

Podemos compartir entonces las preocupaciones que movilizaron a García Canclini para escribir sus pensamientos: la decadencia de los centros históricos, el desplazamiento de la vida cultural del espacio público a lo privado, y la pregunta acerca de cómo serán vividas estas ciudades en la medida que pierdan definitivamente sus centros, haya menos orden urbanístico y se eclipse definitivamente el sentido global de la vida urbana.

LA(S) IMAGEN(ES) DE LA CIUDAD

Lejos nos quedan aquellas representaciones de la ciudad con las que nos habían familiarizado apenas décadas atrás Helmut Jacoby, Gordon Cullen y, sobre todo, Kevin Lynch a partir de su fundamental ensayo *La imagen de la ciudad*. Hoy esta imagen ciudadana, inaprehensible, se nos aparece con un formato de video-clip: profusión de imágenes saqueadas, representaciones discontinuas y dislocadas, inconexas, alteradas, fragmentadas, apiñadas sin orden aparente y mezcladas con diversidad de ruidos.

En la concreta experiencia de la vida metropolitana la diversidad se densifica. Interactúan olores, texturas, temperaturas..., los cuerpos se rozan, se agolpan,

⁶ «Todavía carecemos del equipamiento de percepción que corresponda a este hiperespacio ..., en parte porque nuestros hábitos de percepción se formaron en ese antiguo tipo de espacio al que he llamado el espacio del momento cumbre del modernismo.» JAMESON, F.: *op. cit.* p. 65.

se aprietan, y quedan expuestos a riesgos otrora desconocidos. La calle, antes lugar de encuentros y paseos, se percibe como amenaza. El *flâneur* con el que nos entusiasmaba Baudelaire correría hoy peligros insospechados, o tal vez podría considerar la posibilidad de mutar su condición por la de cibernauta.

PENSAR LA CIUDAD

El extravío de las utopías se encarna en la ciudad posmoderna y abre incontables interrogantes sobre su futuro. Para comprender nuestros actos, el espacio tal vez podrá aportar indicios más reveladores que el tiempo, que la historia misma.

La necesidad de acudir a múltiples vías de entrada a estos problemas nos lleva sin duda a recurrir a la ayuda de distintas áreas del pensamiento. Es por ello que parece oportuno el momento de convocar a los pensadores que profundizan con su mirada sobre la sociedad contemporánea desde posiciones que enfocan con agudeza las manifestaciones materiales de la cultura actual, en sus espacializaciones y representaciones, en las que la ciudad ocupa un sitio preferencial para el análisis. Resulta atrayente hacer jugar distintas opiniones, diferentes visiones, ya que en cada una de ellas encontraremos intereses diversos y argumentos movilizadores. Por ello la intención de este trabajo consiste en convertirse en un ejercicio introductorio al pensamiento sociológico de dos figuras destacadas en cuanto a sus especulaciones sobre el fenómeno de la ciudad contemporánea: Anthony Giddens, proveniente de una raíz de pensamiento que reivindica la necesidad de profundizar y estabilizar un proyecto moderno inconcluso, y Michel Maffesoli, motivado por la exploración anárquica y sensible de la cuestión posmoderna.

GIDDENS Y LAS CONSECUENCIAS DE LA MODERNIDAD

Babilonia y Nínive eran de ladrillo. Toda Atenas era doradas columnas de mármol. Roma reposaba en anchos arcos de mampostería. En Constantinopla los minaretes llamean como enormes cirios en torno del Cuerno de Oro... Acero, vidrio, baldosas, hormigón, serán los materiales de los rascacielos. Apilados en la estrecha isla, edificios de mil ventanas surgirán resplandecientes, pirámide sobre pirámide, blancas nubes encima de la tormenta.

John Dos Passos, *Manhattan Transfer*.

Podemos ver con creciente interés la producción de Anthony Giddens como un enfoque lúcido y cargado de expectativas. Si bien él mismo reconoce la desorientación que predomina en el terreno de las Ciencias Sociales, evidenciando la imposibilidad de obtener un conocimiento sistemático de la organización social contemporánea, y admite la sensación de encontrarse en una encerrona, producida por una suma de acontecimientos que parecen escapar al control racional y a los que resulta en extremo difícil comprender en su totalidad, con todo, lejos de

sumirse en la desesperanza, sustenta su pensamiento afirmando que lejos de haberse producido la entrada a un periodo de posmodernidad, en realidad estamos frente a un momento en que las propias consecuencias de la modernidad se radicalizan y se acentúan plenamente para pasar a universalizarse como nunca antes lo habían hecho.

De este modo nos conduce a entender este proceso en su desarrollo histórico, en el que la modernidad es asumida como un curso discontinuo, pero que sistemáticamente introdujo cambios en el orden tradicional, cambios que, según nos apunta, «extensivamente han servido para establecer formas de interconexión social que abarcan el globo terráqueo; intensivamente, han alterado algunas de las más íntimas y privadas características de nuestra cotidianidad»⁷.

En este proceso de discontinuidades, Giddens reconoce tres características: el *ritmo del cambio*, el *ámbito del cambio*, y la *naturaleza intrínseca de las instituciones modernas*, en las que la apropiación reflexiva de conocimiento adquiere especial importancia, dado que la producción sistemática de conocimiento sobre la vida social es intrínseca al modo moderno, y permite su desenclave de la tradición.

Cae por su peso entonces que el autor no podrá permanecer indiferente ante las cuestiones espaciales y plantear argumentos sobre la condición urbana, ya que la ciudad resulta el escenario por excelencia de la modernidad, y la metrópolis su directa consecuencia en el despliegue de sus fuerzas. Tiempo y espacio coinciden en las coordenadas urbanas para dotar a las instituciones modernas de un necesario marco de principios, con resultados tan diferentes como novedosos. Así, las dimensiones espacio-temporales cobran singular importancia en las reflexiones de Giddens y se entrelazan con la ciudad, particular ambiente de construcción para el multidimensional plano institucional de la modernidad, un plano en el que todas las formas de vida y de organización social fueron modificadas de modo excepcional, hasta en sus formas más íntimas y arraigadas.

La modernidad impone tiempos que implican cambios en un proceso de aceleración continua –de donde procede el dinamismo que la caracteriza–, a la par de una creciente compenetración de la pequeña comarca con los acontecimientos remotos del planeta. En suma, una tendencia cada vez mayor a la integración global y a la instantaneidad de los sucesos: «Se trata en muchos sentidos de un mundo único, con un marco de experiencia unitario (por ejemplo, respecto a los ejes básicos de tiempo y espacio), pero al mismo tiempo un mundo que crea nuevas formas de fragmentación y dispersión»⁸. Por ejemplo, si reconocemos en la imprenta uno de los factores que contribuyeron a la aparición del temprano Estado moderno y de otras instituciones afines, para comprender a la moderni-

⁷ GIDDENS, Anthony: *Las consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, p. 18.

⁸ GIDDENS, A.: *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Península, Barcelona, 1994, pág. 13.

dad reciente es necesario apuntar a la creciente importancia del desarrollo combinado entre los medios impresos y la comunicación electrónica.

De hecho, la experiencia mediática que fortalece este fenómeno de universalización creciente, impide a los sujetos desentenderse de las transformaciones generadas por la modernidad y de sus consecuencias, independientemente de cuál sea su lugar de enclave y ocurrencia: así serán vividas como la intrusión de sucesos distantes en la conciencia cotidiana, o como repercusiones concretas que determinados sucesos imponen a escala global, indiscriminadamente.

TIEMPO Y ESPACIO. DESANCLAJE Y REAPROPIACIÓN

En general, en las culturas premodernas el *tiempo* y el *espacio* se relacionaban mediante la situación de un *lugar*. La noción de lugar ocupaba en las sociedades tradicionales una ubicación central, que se disuelve en tanto que se vacía la dimensión que los vinculaba al producirse la separación entre tiempo y espacio y entre el espacio y la localización. La difusión de los artefactos mecánicos para la medición del tiempo significó transformaciones profundas para la vida cotidiana de cada uno y de la sociedad en su conjunto, proveyendo nuevos fundamentos para recombinar la coordinación de las actividades sin dependencia de las condiciones locales.

De este modo, en la organización social moderna, el espacio y el tiempo resultarán reordenados, reintegrados con otros parámetros que suponen la interacción y coordinación de grandes cantidades de personas, físicamente desvinculadas entre sí, pero que disponen de medios que les permiten conectarse en el *tiempo* preciso, vinculando el «cuándo» al «dónde», ya no como en las épocas premodernas por la mediación del *lugar*. Sin duda, el cuerpo físico de las ciudades acusa gradualmente estas transformaciones y sus principios de ordenamiento resultarán cada vez más alejados de los tradicionales.

Nunca antes se habían producido tales distanciamientos entre tiempo y espacio, una condición fundamental para que se produzca un proceso de *desanclaje*, acción que Giddens define como un «despegar las relaciones sociales de sus contextos locales de interacción y reestructurarlas en indefinidos intervalos espacio-temporales»⁹.

El sentido premoderno de lugar se ha desvanecido prácticamente por el desanclaje y el distanciamiento espacio-temporal, y las estructuras por las que se constituye se han convertido en algo inmaterial, en donde lo local y lo global se entretajan de modo insoluble. Aunque persisten sentimientos de apego e identificación con los lugares, éstos fueron desvinculados y ya no expresan compromisos y prácticas establecidos localmente, sino múltiples influencias

⁹ GIDDENS, A.: *Las consecuencias...*, op. cit., p. 32.

lejanas. Pero siguiendo la lógica de su pensamiento, podemos comprender que las situaciones que rodean a la vida social en tiempos modernos proponen distintas posibilidades para restablecer los anclajes perdidos, aunque asumiendo características diferentes, al provocar la reapropiación o redistribución de las relaciones sociales antes disociadas en nuevas condiciones locales de tiempo y de lugar.

En consecuencia, Giddens se negará a ver en las ciudades modernas el absoluto declive de la idea de comunidad. Por el contrario, despliega argumentos para indicar ciertas posibilidades alternativas a la anomía de la vida urbana, al advertir que las ciudades modernas ofrecen medios capaces de generar formas de asociación inexistentes en los entornos premodernos.

MAFFESOLI, TRIBALISMO Y POLICULTURALISMO EN LA SOCIEDAD DE MASAS

ciudad inmensa, / piensa lo que es y será y fue /
piensa en el buey / enigmática máscara buey / ten
piedad / megaciudad / cuenta tus niños / canta con
tus sinos / la felicidad intensa / que se pierde y en-
cuentra en ti / la luz se diluye y se espesa / piénsate

Caetano Veloso, *Ciudad*.

Michel Maffesoli revela un tono aún más optimista acerca de la situación actual y las relativas posibilidades de comprenderla. Lo hace desde una confirmación de la posmodernidad como época reconocible, y aprecia cierta ganancia en ella al ofrecer ésta un paradigma débil en comparación con la modernidad. Tal condición de la posmodernidad, según el mismo, es lo que posibilita su aspecto heterogeneizante y produce una vía de apertura a distintas experiencias que complejizan y enriquecen la urdimbre social, en tanto que la modernidad orientaba las fuerzas sociales hacia un orden político y de producción enfocado unidireccionalmente hacia el progreso, acentuando de tal modo las tendencias homogeneizadoras y totalizantes.

Este autor presenta su trabajo consciente de hacerlo en un sentido intuitivo e incierto, y que podríamos reconocer como intencionalmente provocador, desestructurado (y desestructurante a la vez), haciendo lugar al relativismo como fuente de comprensión. Será difícil arrancarle proposiciones afirmativas y definiciones categóricas, ya que propugna una sociología «vagabunda, errante», alejada de rigores epistemológicos acudiendo a la idea de «transversalidad» como modo cierto de elaborar el pensamiento. Su mirada sobre la socialidad de este fin de siglo (a la que reconoce como de tipo orgánico a diferencia de la modernidad, en la que observa una estructura mecánica), establece en ella como rasgo posmoderno una tensión fundadora entre una masificación creciente y el desarrollo de microgrupos de afinidad o tribus, propiciando con ello una doble hipótesis (deslizamiento y tensión). En este encuadre, si bien forman los sujetos parte de la masa, asumen un rol personal que los lleva a agrupamientos afectivos (a diferen-

cia del individuo de la modernidad que cumplía una función, lo que le implicaba en agrupamientos contractuales).

Maffesoli establece una diferencia de periodos llamando a unos «abstractivo-racionales», en los que reconoce la modernidad, y a otros «empáticos», en los que ubica la posmodernidad. Entre las características que identifica en la condición posmoderna *empática* incluye la indiferenciación y la pérdida del sujeto en una especie de sujeto colectivo (opuesto éste al principio de individuación y recorte de aquel sujeto histórico que distingue a la modernidad). La situación de contornos indefinidos a la que induce una socialidad de predominio empático, plagada de fenómenos que se nombran mediante prefijos tales como *trans-* o *meta-*, entre otros, sobrepasa la lógica binaria y da lugar a la conformación de agrupamientos sociales no ya cohesionados por grandes proyectos aglutinadores, sino más bien por el reconocimiento de comunidades *emocionales* de aspecto efímero y composición cambiante. Inscritas en marcos más bien locales, los modos de cohesión de dichas comunidades se aproximan a los de la «solidaridad orgánica», según la planteara Durkheim, o a los de la «comunidad emocional» de Max Weber.

Marcando muchas veces la distancia con respecto a la moral establecida desde arriba, la ética empática —o proxémica (relaciones de proximidad/alejamiento)— promueve en todo caso una «ley del medio» de la que resulta difícil sustraerse. La apertura al «otro» que estas relaciones producen connota el espacio, lo local, la proxemia, y habla de un destino común —aunque finalmente para algunos tal destino resulte signado por la apocalíptica idea del *no future*.

Esta metáfora de la sensibilidad o emoción colectiva que comporta la socialidad empática, resulta para Maffesoli la llave de entrada para introducirse en la organicidad característica de las ciudades contemporáneas: «es por la fuerza de las cosas —dice—, porque existe proximidad (promiscuidad) y porque se comparte un mismo territorio (sea este real o simbólico), por lo que vemos nacer la idea comunitaria y ética que es su corolario»¹⁰. Permanencia e inestabilidad serán los polos que articularán lo emocional estableciendo un vínculo entre el aura estética y la experiencia ética que dominan nuestro tiempo. La solidaridad surgida de un sentimiento compartido dará lugar a formas de ritualidad que definen códigos, que comunican y a la vez tranquilizan «la sensibilidad colectiva [que] salida de la forma estética desemboca en una relación ética»¹¹. El tribalismo dará lugar a sus propios y fortalecidos imaginarios sociales¹².

¹⁰ MAFFESOLI, Michel: *El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en las sociedades de masas*, Barcelona, Icaria, 1990, pág. 45.

¹¹ *Ibidem*, pág. 49.

¹² Empleamos «imaginarios sociales» en el sentido de BACZKO, Bronislaw: *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Nueva Visión, Bs. As., 1991. pág. 28: «Los imaginarios sociales son referencias específicas en el vasto sistema simbólico que produce toda colectividad y a través del cual ella se percibe, se divide y elabora sus finalidades. De este modo, a través de estos imaginarios sociales, una colectividad designa su identidad elaborando una representación

TIEMPO QUE SE CRISTALIZA EN ESPACIO

La costumbre que impone sus pequeños rituales cotidianos construye una cultura de pequeños sistemas (a escala de barrio, por ejemplo), que «se vive en el presente y en un espacio dado», y éste es un dato que Maffesoli rescata en cuanto que le permite apreciar la vitalidad de las relaciones sociales de los grupos que, a modo de tribus urbanas, generan su propia cultura metropolitana en la constante búsqueda de «establecer un equilibrio dinámico entre el hombre y el ambiente que le rodea»¹³, integrando el saber intelectual con el conocimiento sensible.

Entre la «interioridad» del espacio arquitectónico de condiciones antropológicas (Dorfles) y la «arquitectónica» de la socialidad, circulan los pensamientos de Maffesoli cuando nos habla de la necesidad de una «centralidad subterránea». Se necesita el *interior* para una construcción cualquiera, y es en el interior de los grupos donde se producen los centros o núcleos de comportamiento ritual, marcados por la costumbre que resulta constitutiva y establece un refugio de submundo que otorga identidad y confianza. Así, el incontenible desarrollo de las megalópolis contemporáneas no hará otra cosa que favorecer la multiplicación de pequeños grupos de redes existenciales a modo de clanes o «aldeas en la ciudad», en una suerte de tribalismo en el que Maffesoli advierte un carácter *religioso* en el sentido etimológico del término (de *re-ligare*, reunir), con espíritu localista y cohesivo que nuclea a los individuos en torno a determinados sentimientos y pasiones colectivas, que es necesario compartir como una manera de afrontar el entorno amenazador producido por la creciente despersonalización de la vida urbana: «la verdadera argamasa de la sociedad es el compartir sentimientos», observa Maffesoli.

Las distintas redes, agrupamientos, lazos de vecindad y de interés manifiestos en las sociedades urbanas occidentales, propician el afloramiento de un *vitalismo de*

de sí misma; marca la distribución de los papeles y las posiciones sociales; expresa e impone ciertas creencias comunes, fijando especialmente modelos formadores... Así, es producida una representación totalizante de la sociedad como un orden, según el cual cada elemento tiene su lugar, su identidad y su razón de ser. Designar su identidad colectiva es, por consiguiente, marcar su "territorio" y las fronteras de éste, definir sus relaciones con los "otros", formar imágenes de amigos y enemigos, de rivales y aliados; del mismo modo, significa conservar y modelar los recuerdos pasados, así como proyectar hacia el futuro sus temores y esperanzas».

¹³ NORBERG-SCHULZ, Christian: *Existencia, Espacio y Arquitectura*, Barcelona, Blume, 1975, pág. 9. Podemos remitirnos a los conceptos de espacio desarrollados por Norberg-Schulz, en los que expresa que «el interés del hombre por el espacio tiene raíces existenciales: deriva de una necesidad de adquirir relaciones vitales en el ambiente que le rodea para aportar sentido y orden a un mundo de acontecimientos y acciones. Básicamente se orienta a "objetos", es decir, se adapta fisiológica y tecnológicamente a las cosas físicas, influye en otras personas y es influido por ellas y capta las realidades abstractas o "significados" transmitidos por los diversos lenguajes creados con el fin de comunicarse. Su orientación hacia los diferentes objetos puede ser cognoscitiva o afectiva, pero en cualquier caso desea establecer un equilibrio dinámico entre él y el ambiente que le rodea».

la vida social que potencia la posibilidad de cierta autonomización de los grupos respecto de los «poderes de arriba», y que descansando en la idea de pluralismo o «politeísmo de los valores», que planteara Max Weber, permiten al autor especular sobre el advenimiento de un periodo de desvinculación y pérdida de interacción de la masa con sus gobernantes (se disocia la *potencia* del poder), lo cual daría lugar a la muerte del universo político y a la entrada al orden de la nueva socialidad, caracterizada por la relativización de las estructuras y de las instituciones unificantes, y cuya polisemia ofrece una *potencia* basada en el hecho de que cada uno de sus actos expresa cierta alienación y resistencia a la vez.

Advierte Maffesoli que la modernidad al multiplicar la posibilidad de las relaciones sociales produjo un vaciamiento de sus contenidos reales que se verifica en la «soledad gregaria» de las metrópolis modernas, en tanto que la posmodernidad, en las mismas megalópolis, tiende hoy a la reducción de las escalas de grupo provocando una profundización de las relaciones en el interior de los mismos. La constitución en red de estos microgrupos contemporáneos resulta para el autor la más firme expresión de la *creatividad de las masas*, y a través de una perspectiva que denomina «relacionista», le permite hablar de un «paradigma tribal» que posibilitaría generar nuevas líneas de investigación acerca de la vida urbana, esclareciendo el devenir de las metrópolis contemporáneas. «Tiempo que se cristaliza en espacio», nos dirá como metáfora acerca de las historias cotidianas que a diario construyen las relaciones interpersonales e intergrupales.

Según este planteo, el orden de la masa, constituida por redes tribales, se asegura y consolida por la tensión de las heterogeneidades, de las diferencias, lejos del ideal de Unidad del racionalismo occidental moderno. La heterogeneidad constitutiva de las sociedades posmodernas contribuiría de este modo al enriquecimiento de la vida urbana en la metrópolis cosmopolita; y a aquel sueño de unidad, desgarrado en la pluralidad constitutiva del neotribalismo actual, le substituiría una especie de *unicidad*, el ajuste de los elementos diversos en la que tiene su lugar la extranjería y el policulturalismo.

La re-significación del espacio, de lo local, del *genius loci*, guardián del espíritu que confiere pertenencia, implica también una re-significación del tiempo, o, mejor expresado por el autor, una nueva configuración cartográfica en la relación espacio-tiempo.

El espacio resulta tiempo concentrado y el lugar se convierte en vínculo, en sentimiento colectivo, argamasa de la socialidad y su anclaje, «el espacio garantiza a la socialidad una sensación de seguridad necesaria»¹⁴. La connotación territorial y su espacialidad es estructuralmente fundadora de múltiples socialidades; lo hace a partir del sentido de pertenencia, logra una ética interna y establece una red de comunicación. Las metrópolis actuales están constituidas por un continuo de

¹⁴ MAFFESOLI, M.: *op. cit.* pág. 230.

territorios específicos, reales y simbólicos, que en el interior de sí mismos y en relación con los demás se definen como cuerpo social: «el neotribalismo se caracteriza por la fluidez, las convocatorias puntuales y la dispersión. Sólo así se puede describir el espectáculo callejero de las megalópolis modernas»¹⁵.

La tribu crea ciudad y la expresa como video-clip. La multiplicidad de experiencias fragmentarias en una sociedad compleja adquiere sentido en el contexto global estableciendo una red de redes que hace lugar a nuevas formas de socialidad y otorga nuevas formas a la ciudad. A partir de esa idea, Maffesoli nos propone repensar la relación que une el *lugar* con el *nosotros*, y buscar las claves de una nueva urbanidad.

SUMAR MIRADAS, INTERCAMBIAR LAS ÓPTICAS

Desde distintos enfoques, habrá que reconocer las nuevas formas que se nos ofrecen a partir de medios en los que el sentido del lugar resulta disperso. Tendremos que empezar a examinar las múltiples contradicciones que acarrearán estos tiempos, y comprender que por diversos procedimientos el espacio resultará más integrado, aunque territorialmente fragmentado. Nuestra actividad proyectual, que en cierto modo implica el riesgo de intentar anticipar el futuro e idealizar la ciudad que deseamos para encaminar hacia ella las que tenemos, por cierto no parece tarea fácil. Los desafíos se multiplican, las certezas se escurren. Sin duda el problema escapa a las posibilidades de acción de los gabinetes individuales y a las aisladas estructuras que en general ofrecen las burocracias del planeamiento urbano.

Sumar las miradas, intercambiar las ópticas, posiblemente ayude a una mejor observación: esa es la propuesta. Se trata de atravesar ese objeto complejo que es la ciudad con una batería de recursos de diversa procedencia y sumar aportes al debate. Sin dejar de atender cada cual a su enfoque específico ponerlo a interactuar en el conjunto. *Pensar en global y actuar en local*. Y recordar, de tanto en tanto, que las ciudades, como los sueños, se construyen de deseos y de miedos.

L. Müller
Facultad de Arquitectura y Urbanismo
Universidad del Litoral
Santa Fe (Argentina)

¹⁵ *Ibidem*, pág. 14.

RESUM

La ciutat, trama inesgotable del teixit social, expressa materialment les seves característiques i ens parla de la seva història. La humanitat mai no havia viscut com ara les cultures urbanes amb la intensitat i diversitat que caracteritzen la nostra època. Signe ben distintiu dels temps, per això el fenomen urbà amb la seva densitat no es dona a conèixer a una sola mirada, demana que el travessin punts de vista diferents. En aquesta direcció va el present article que proposa enfocaments importats de les ciències socials, amb la intenció d'ampliar les possibilitats d'interpretació en el si dels estudis aplicats a la ciutat.

ABSTRACT

The city, the inexhaustible thread in the social fabric, expresses its character and reveals its history in a material manner. Never before has humanity experienced urban cultures with the intensity and diversity that characterize our day and age. If we are looking for a sign of the times, we are sure to find a highly significant one. Thus, in its density, the urban phenomenon does not provide a single standpoint. It calls instead for various points of view in order to be construed. This article, proposes an openness toward approaches stemming from the social sciences, with the aim of expanding the possibilities for interpretation in urban studies.